

ver á los vigilados dentro de la estancia, sin oírlos y sin ser ellos vistos. Así Garat salió del paso, haciendo que los Reyes se vieran dentro del comedor y que los comisarios de los comuneros desde fuera los vigilaran sin ser por modo alguno vistos. Mientras acordaban estas cosas, el Rey sólo se acordaba de dos asuntos: primero, del modo de ver á su familia sin testigos; segundo, del modo de ir á la muerte acompañado de su confesor y tras su debida confesión. Así avistóse nuevamente con Garat, y le rogó previniese al abate Firmont de su deseo y lo mandara ir sin dilaciones al Temple. Grande fué la extrañeza y maravilla del Monarca, cuando Garat le dijo que había llevado al confesor en su mismo coche desde las Tullerías hasta el Temple, y que, dentro del Temple se hallaba desde las cinco y media de aquella misma tarde. Luis con su natural bondad y con su cumplida educación, dió gracias al ministro de la Justicia, nuncio del verdugo, por esta deferencia con su persona, ya casi muerta. Dos regidores bajaron del camarín de Luis XVI á la sala del Consejo, y dieron las correspondientes verbales órdenes á Firmont, de que los siguiese, pues lo llevaban por superiores mandatos á presencia del Rey. Entretanto Luis atendía con cuidado á las minucias más insignificantes de su vida, y como recordara de tener una deuda con Malesherbes, sacó de su cómoda tres rollos que contenían tres mil libras en oro y se las dió al regidor Boudrais, para que éste regidor se los diese al ayuntamiento, y el ayuntamiento se los mandase á Malesherbes. Con efecto, el regidor prometió hacer el encargo; y cual cumple á un hombre de bien, lo llevó al ayuntamiento. En el acta de esta corporación consta el recibo de la suma en ciento veinticinco luises de oro; y consta, según las virtudes administrativas de los franceses, no sólo el día de aquel recibo, veinte de Enero, la hora, diez de la noche. Nunca los dineros llegaron á manos de Malesherbes; pero el Rey cumplió un cometido verdadero de su conciencia y un deber moral de su vida, lo cual prueba cuán sereno estaba en su agonía y con qué claridad iba viendo los crepúsculos de otra vida sobrehumana, y cortando hasta sus menores lazos con esta humana vida. En tal momento se presentó á sus ojos el abate Firmont.

El abate nos ha dejado en una relación titulada *Los momentos últimos de Luis XVI* notas íntimas de sus emociones en tal tragedia, notas de un valor inapreciable para la Historia. Estudiémoslas: están á nuestra vista. Cuando llegó Firmont á presencia de su penitente, Garat le acababa de anunciar el instante de su ejecución y la negativa de su aplazamiento á esta ejecución, aunque fuese tan rápido este aplazamiento como el demandado por Luis XVI en sus demandas últimas al áspero é implacable tribunal. El Rey estaba, en tal momento, aun de los notificadores acompañado, y no se veía, ni en su actitud erguida, ni en su rostro sereno, ni en sus ademanes regularísimos, ningún enojo; veíase la tranquila serenidad, con que pasaba del mundo terrestre al mundo celestial, y el desdén de la muerte que ha inmortalizado su vida, inmortalizando su memoria y su nombre. Aunque los circunstantes parecían, en paralelo con el Rey, más embargados que éste;

sus trajes de colores vivos, sus aires de clubistas matones, sus gestos de arrogancia demagógica, la poca etiqueta guardada por ellos, la mucha descortesía al estar cubiertos en presencia de un Rey moribundo, de una majestad real caída, en presencia de un sacrificio y de un holocausto superiores á todos los tronos y á todos los Congresos del mundo; tantas y tantas circunstancias penosísimas debieron conmover con dolor profundo al abate, acostumbrado desde su primera juventud á ver la persona del Rey en Versalles, exaltada dentro de su Palacio, por la muy aparatosa liturgia cortesana de los Borbones, adorada dentro de su capilla entre rayos de luminarias, nubes de incienso, notas de órgano y ceremonias de clérigos vestidos con sus preseas, y humildes en su presencia, como los áureos ángeles que adornan las custodias y parecen trémulos al ver el Sacramento; tributos todos debidos solo á un Dios, pero pagados á los Reyes en la Realeza histórica; tributos, cuyas reminiscencias contrastaban tristemente con la desnudez del Temple y la brutalidad de los comuneros en aquel acto último de la tragedia monárquica, en aquel supremo paso de la régia Pasión. Los ingleses guardaron respetos mayores á la persona, víctima de supersticiones reaccionarias, á la persona de Carlos I, en trances, bien análogos con el trance último de Luis XVI. Quizás los santos de la Iglesia puritana resultan, bien examinados, más feroces que los racionalistas de la Convención francesa; quizás emplearon en sus titánicas luchas con los Reyes, medios más violentos y más odiosos que los empleados por la Convención para derribar la realeza histórica representada por los Estuardos, quienes propendieran siempre de suyo á una reacción sin límites y á un absolutismo sin frenos. Con decir que los santos compraron, con libras esterlinas, contantes y sonantes, la cabeza del Rey á sus vasallos escoceses; con decir esto, está dicho todo. «Prefiero, decía Carlos, estar con los infames que me han comprado, á estar con los infames que me han vendido.» El proceso excedió en faltas de conciencia moral y jurídica, faltas propias de todo proceso revolucionario, al ultimado por la Convención y puesto por obra en los terribles y nefastos días que vamos historiando. El largo Parlamento se vió depurado de todos aquellos que hubieran podido sentir piedad por el reo; y sesenta jueces, muy escogidos por sus implacables entrañas, entre los cuales se hallaba Oliverio Cromwell, firmaron é impusieron la sentencia de muerte á su Monarca. Pero hubo tal aparato de grandeza, no obstante correr los tiempos de la severidad puritana, que la Monarquía histórica llegó á su ocaso en el tiempo, como se pone cualquier tarde clara y luminosa nuestro almo sol en el espacio. La estancia en salones históricos, el auxilio de gentiles hombres, las vestiduras de los jueces parecidas á las vestiduras de los antiguos senadores venecianos, los guardias que celaban al Rey metidos en espléndidas armaduras de la Edad Media, los trajes que se puso Carlos, todos tan espléndidos como los llevados en el trono y que llamaba él con poético misticismo trajes de boda, el obispo anglicano siguiéndole y ayudándole á bien morir con toda solemnidad, no obstante la supresión de los obispos; aquellos

jardines inmensos que recorriera el reo para ir al cadalso como en una procesión religiosa, el aire marcial y espléndido de las innumerables tropas que lo llenaban todo, el séquito parecido á una compañía de cortesanos, realzaron en tal manera la muerte de Carlos I, que parecía morir coronado, morir como aquel Rey de Francia, quien, según cuentan las crónicas, al postrer suspiro suyo, puso bajo los pies la corona de sus abuelos sembrada de brillantes, sobre las sienes una corona de espinas como la que ciñeran sus sayones á Nuestro Señor Jesucristo. La desnudez del Temple, las infamias brutales de los comisarios comuneros, los desacatos no tanto á la majestad real como á la persona misma del Monarca; aquel burlón apellidado de *Capeto*; el sistemático silencio respecto de los tratamientos que había oído Luis desde su cuna ¡oh! agravaron á un tiempo las agonías del príncipe y las sentencias de sus jueces.

En el desarrollo de la regia causa, no hay sér ninguno tan sublime y transfigurado como el sér perseguido, como el sér atormentado, como el sér muerto por la violencia de sus implacables enemigos. Así hablaba Luis con tanta gracia y tanta magestad á sus notificadores, gracia y magestad, no conocida en él jamás, que parecía reinar aún; reinar en el cautiverio y en el cadalso, como si sus enemigos, al destronarlo de su trono material transitorio, lo hubieran entronizado sobre un trono moral eterno. Imposible saber lo que durara el tranquilo coloquio de la víctima con sus verdugos, si la presencia de Firmont no interrumpiera tal coloquio. El Rey, viendo al confesor, despidió á sus sojuzgadores, como hubiera podido despedir en Versalles á sus cortesanos, con regia y natural prestancia. En cuanto Garat y los suyos salieron, el Rey cerró con su propia mano la puerta, sin mostrar género alguno de intensa emoción; y cerrada la puerta y despedidos con un ademán soberano los allí congregados antes, convirtió su vista y enderezó sus pasos al abate, dándole gracias por su deseada y no creía presencia. Firmont, que acababa de reconcentrarse dentro de sí mismo, sin dejar paso á ninguna de sus emociones internas, flaqueó viéndose con el Monarca solo y perdió la posesión de sí mismo. Su frente se arrugó con arrugas profundas; relampaguearon sus ojos con súbito relampagueo; las fuerzas, que tanto le habían servido para llegar allí, desmayaron; plegáronse las manos con un movimiento instintivo sin previa deliberación ni conciencia; las rodillas le flaquearon hasta ponerlo de hinojos en el suelo; y entre los estremecimientos convulsivos del cuerpo, lanzó un sollozo, tan intenso y profundo, que pudo hacer estremecer sobre sus cimientos hasta las paredes frías y enormes de aquel terrible calabozo. Un silencio profundo siguió á este acto instintivo; los dos corazones parecían moverse al unísono y sólo sabían en aquel momento sentir, por lo cual aquellas dos lenguas se paralizaban, dejando la expresión del dolor á los auargos suspiros y á las acerbas lágrimas. Luis XVI lloró y lloró mucho. Parecido á un héroe de Plutarco ante los comuneros y los convencionales, parecía un pobre niño ante su confesor. Pero más lloroso y apenado éste á medida que

más de cerca le veía, Luis procuró toda suerte de alivios á sus angustias; le alzó del suelo donde se hallaba de hinojos; lo estrechó entre sus brazos; y dominando con esfuerzo la pena, le dijo cómo su ánimo resistía las violencias brutales de sus enemigos y no podía resistir, sin deshacerse por completo en lágrimas, la ternura de sus amigos. Además nunca su naturaleza y su carácter de Rey se olvidaban ó eludían por Luis, ni en sus menores actos. Haciendo todo lo que le mandaban, y haciéndolo mecánicamente, la protesta más viva contra sus verdugos estaba en esta triste pero indispensable abdicación de su albedrío. Al acordarse de sus enemigos y de sus amigos, habló el hombre; pero, acordándose de sus vasallos fieles y de sus vasallos rebeldes, seguidamente habló el Monarca, y habló verdaderamente cual Monarca. De antiguo acostumbrado á lo que podíamos llamar el pleito homenaje continuo, no había podido acostumbrarse á la rebelión y á los rebeldes. Paciente, pacentísimo en las negativas expuestas por los Estados generales á cumplir sus órdenes; en los tormentos recibidos por su calle de amargura, cuando pasó cautivo desde los jardines de Versalles á los jardines de París; en su terrible vuelta desde las fronteras germánicas al palacio donde atado le tenían el nuevo Parlamento y la nueva Constitución; en sus complacencias con el pueblo invasor de las Tullerías dócil hasta ponerse aquel gorro frigio tan odiado por su corazón; tímido en la mañana del diez de Agosto al pedir auxilio y refugio á sus enemigos, los diputados; embustero en su proceso, como acabamos de ver; todas estas conformidades mecánicas y mudas con su triste suerte se resolvían por las interioridades más íntimas de su alma en una viva protesta. Rey nació, y aunque fuese débil, Rey murió en la tenacidad incontrastable de su paciencia. Y como Rey, que fué siempre, habló á Firmont de las culpas políticas de sus vasallos, y no habló de sus propias culpas, creyéndose infalible, inefable, incapaz de mentir; superior á las debilidades y á las flaquezas de los humildes, destinado por toda una eternidad al mando de los franceses que debían escucharle como un oráculo y seguirle como un ganado, sin responder de sus pensamientos, de sus actos, de sus leyes, de sus disposiciones, de sus órdenes, de sus medidas, de sus decretos, de todas sus regias facultades, á nadie sino al Rey de los Reyes, al eterno Criador, cuyos divinos derechos representaba sobre la tierra.

El Rey, aunque á solas con Firmont, no quiso hablar en aquella espaciosa estancia, donde todo se vigilaba, como todo se oía, y pasaron al camarín contiguo, como más recatado y secreto. Solos ya Firmont y el Rey, perdió éste de vista la tierra. Toda vida humana se desvaneció en aquel tormento, como se desvanece un grano de incienso en los sacros carbones encendidos al pie de los altares. La inmortalidad, pues, bajó á consolarle antes de la muerte; y sincero, ingenuo, veraz estuvo, cuando dijo que todos los negocios del mundo habían desaparecido á sus ojos, como enrollándose los espacios y convirtiéndose en eternidad los tiempos ante los inapelables llamamientos del Eterno Juez al eterno juicio. Durante breves minutos, el Rey pareció pertenecer al otro mundo, ya por lo estática de su

mirada en quien la bienaventuranza iba poco á poco reflejándose, ya por lo vibrante de sus labios que unían esas melodiosas vibraciones al coro de los bienaventurados. Pero tales transportes estáticos, ocasionados por la presencia del confesor y por lo próximo de la confesión, duraron poco, sobreponiéndose la naturaleza eterna del hombre, siempre amante, á la naturaleza fugaz del mártir, siempre bienaventurado. El Rey se acordó, pues, de que debía ver pronto á su familia, y no queriendo que tal entrevista necesaria interrumpiera su confesión, pidió á Firmont le aguardase algunos minutos, pues tras tal acto afectivo quedarían su ánimo y su espíritu más libres para sentir y para pensar las cosas eternas. Mas, como la familia no bajase tan pronto, cual el Rey la esperaba, causada su detención por las tristes formalidades comuneras, entretúvose con el confesor en las cosas de este mundo. Así extrajo del bolsillo un pliego, y arrancando el sello con que lacrado estaba, le presentó primero y después leyó en alta voz su propio testamento. Al redactarlo no sabía Luis XVI si los jueces, que tanto le molestaban, permitirían á su católico espíritu el desahogo de una confesión ortodoxa con los verdaderos sacerdotes de su religión y de su culto. Mucho hemos nosotros leído también, y mucho admirado el testamento de Luis; muchas veces hemos dicho que aquel espíritu, limitado y vulgar, tomara porporciones angélicas en el paso último de este mundo al otro mundo. Yo no conozco reunión de miradas espirituales telescópicas, abrazando lo infinitamente grande con miradas espirituales microscópicas, escudriñando lo infinitamente pequeño, como esté documento, en cuyas líneas Luis XVI recorre desde las cumbres del trono de su Dios hasta las miserias del desamparo de sus domésticos. A tal hora, bajando ya el día, víspera de su muerte, y entrando á más andar la noche última de su vida, tan triste lectura del documento, hecha por el Rey, debió causar una profunda emoción religiosa, por ser uno de los actos más trascendentales á todos los tiempos y á todas las generaciones, según tantas veces hemos dicho en esta nuestra HISTORIA. Los más callados se vuelven elocuentes al espoleo de una pasión intensa; los más fríos se enardecen al fuego de un ideal verdadero: Luis, que pocas veces leyerá en público, muy difícil arte por cierto, leyó sus propias palabras con una entonación maravillosa. La voz parecía de otro, según lo transformada, tomando todas las inflexiones congruentes con el texto que recitaba; y esta entonación en la voz y esta serenidad en la lectura y este dominio sobre sí mismo que le permitía repetir con tanta insistencia sus últimas voluntades, y esta circunspección á tanta majestad unida, y este dominio sobre sí muy superior al dominio que sobre los demás ejerciera, dieron á Luis moribundo una grandeza que jamás tuvo Luis reinante y vivo. El abate Firmont ha dejado minuciosidades en sus *Memorias*, que tengo á la vista sobre tal acto, el cual pueden los lectores presenciar con sólo leer su interesante relato y acudir á su excepcional testimonio. No se perdía la firmeza de su voz y la serenidad de su rostro cuando el Rey hablaba de la cosa pública. Delante de la corona que se caía de sus sienes, delante de las grande-

zas que se disipaban á sus ojos, delante de los privilegios ejercidos por él y por los suyos que se iban para siempre: no mostraba el Rey dolor ninguno, como si todos los bienes humanos fueran vapores, nieblas, ilusiones, nada. Pero, así que debía leer la parte referente á los suyos, á su mujer tan amada de aquel corazón amante, á su hijo tan infeliz desde los albores de su sér, á las princesas y á los domésticos, la voz se anudaba en su garganta y no podía continuar leyendo, bañado su rostro por copiosos ríos de irreprimibles lágrimas.

El Rey era como Dios lo había hecho; y así en él predominaban las sensaciones sobre las ideas, los afectos sobre los pensamientos, el corazón sobre la cabeza. Por un minuto en aquellas supremas horas todo lo relativo y contingente desapareció de su vista, no viendo más que lo absoluto y lo infinito, visión provocada por la presencia de su confesor y por la proximidad de su confesión. Pero este momento pasó muy súbito. Cualquier otro espíritu más elevado aprovechara los instantes de vida que le permitía la triste suerte suya para elevarse á la eternidad y contemplar los ideales eternos. Luis tuvo este acceso de idealismo en las primeras palabras dirigidas al abate Firmont. Pero como si le faltasen alas para volar á lo abstracto y en lo abstracto sotenerse, volvió seguidamente de su arrobado éxtasis á la triste realidad y habló de las cosas mundanas y pasajeras, cuando debía censurar su espíritu en las llamas vivificantes de los más puros ideales. Pero Luis sentía y no pensaba, sus emociones jamás llegaron á ideas. No pasó de las creencias vulgares. Su religión misma, ese ideal, cuyos dogmas entran en la vida cual toda levadura de pensamiento, aparecía en su espíritu más como una rutina, como un hábito, como un efecto de la educación, que como pensamiento del pensamiento y alma del alma. Después de leído el triste legado de consejos que transmitía el Rey á su pueblo y á su familia, únicamente pensó en avistarse con ésta; y en la entrevista deseada, concentró todas sus aspiraciones y todos sus pensamientos. Mas, como tardara tal entrevista, según ya hemos dicho, volvió á los coloquios religiosos, en los cuales no predominaba el dogma y el canon litúrgicos, predominaba el concepto de la relación necesaria entre la Iglesia y el Estado, de la influencia del sentimiento religioso sobre la gobernación pública. Luis, pues, no miraba en estos momentos al cielo ni á los ángeles, miraba á la iglesia de sus padres, como pudiera mirar un organismo cualquiera social, y se acordaba de los sacerdotes fieles á la ortodoxia, en aquella ocasión suprema tan perseguidos y maltrechos. Así volvió su vista con cuidado á la peor de las calamidades existentes entonces, á la división de los clérigos en juramentados é injuramentados, división importantísima, cuyos efectos contribuirían en mayor grado á despojarlo de su realeza y á conducirlo al cadalso; pero cosa baladí el clero heterodoxo y ortodoxo, cuando la muerte á más andar llegaba, cuando la sociedad y la tierra desaparecían bajo las plantas del Rey, cuando comenzaba el misterio eterno á rasgarse, y el silencio de las esferas á interrumpirse, cuando las promesas del eterno á